

Editorial

33

Durante décadas, un tópico incuestionable para la mayor parte de la izquierda española fue el de que España era irrompible.

Ciertamente, no se formulaba así, sino por la vía de la burla despreciativa hacia cualquiera que mostrara la más ligera preocupación ante la posibilidad de que tal ruptura pudiera llegar a producirse. El tópico en cuestión logró alcanzar tal prestigio que terminó por instalarse también entre las gentes de la derecha, hasta el punto de que cualquier político de uno o de otro lado con pretensiones ponía el más minucioso cuidado en evitar que, de alguna de sus frases, alguien pudiera llegar a deducir que él decía, o siquiera pensaba, que España podía llegar a romperse algún día.

Había pues, al menos en esto, consenso: pensar en la posibilidad de la ruptura del Estado Español era una idea delirante de la extrema derecha.

Hubiéramos debido hacérselo mirar.

Eran tiempos en los que declararse nacionalista español era otro de los rasgos que pasaban por inequívocos de la más rancia y casposa –los adjetivos pertenecen igualmente al léxico del periodo– extrema derecha. Por el contrario, proclamarse nacionalista de cualquier otra nación, región o pedanía se percibía como manifestación de la quintaesencia del progresis-

mo. Y, así, los políticos modernos –aquellos que cuando se contemplaban en el espejo no percibían en sí mismos el menor atisbo de caspa o ranciedad– no dudaban en exhibirse con las banderas de sus pedanías, regiones o naciones, a la vez que manifestaban una acentuada alergia hacia la bandera española.

También esto hubiéramos debido hacérselo mirar.

Y no porque el problema fundamental estribe en que se rompa España, sino porque cada vez resulta más palpable la posibilidad de que fracase Europa.

Pero, al menos esto hay que reconocerlo, esta vez no estamos solos en nuestro tradicional apego a los derechos históricos y nuestra concepción del futuro como retorno a la taifa. Ahora son muchos otros los europeos que comparten nuestras más atávicas pasiones. Belgas, italianos del norte, escoceses, bretones... de todas las esquinas salen gentes decididas a balcanizar Europa.

Incluso, ciertamente, unos cuantos gobiernos centrales. Pues no es fácil olvidar que fue Alemania la que dio el visto bueno a la desmembración de Yugoslavia. Y el cálculo estrecho –alicorto y bien poco inteligente, cuyo coeficiente intelectual no supera el del horizonte electoral– se impone por todas partes. Baste un ejemplo: la identidad del gesto del presidente del gobierno de Cataluña y del Jefe del Gobierno de Gran Bretaña que puede resumirse así: o recibimos un trato todavía más especial –con la obligada traducción en privilegios de todo tipo–, o nos vamos.

¿A dónde? A no se sabe qué inexistente Paraíso Terrenal en el que, de existir, sólo habría acceso para seres tan especiales como ellos mismos.

Se siente la tentación de repetir aquello de que cuando se deja de creer en la religión verdadera se acaba creyendo en cualquier cosa. Pues esto de los pueblos especiales, (auto-)elegidos, está volviendo a ser lo que fue siempre: la forma más reaccionaria de vivencia religiosa.